

# CONCIERTOS

## CONCIERTOS SINFONICOS

El Viernes 4 de Mayo se inició la temporada sinfónica del Instituto de Extensión Musical, durante la cual actuaron frente a la Orquesta Sinfónica de Chile, su director permanente, Víctor Tevah, y los maestros invitados, Sir Malcom Sargent y Erich Kleiber.

## CONCIERTOS DE VICTOR TEVAH

Los conciertos dirigidos por el Director de la Sinfónica de Chile se iniciaron con un programa que incluyó el *Concerto Grosso op. 3 N.º 11 de Antonio Vivaldi*, el «*Concierto de Estío*» de Joaquín Rodrigo, y la *Segunda Sinfonía de Johannes Brahms*. Se estrenaba en Chile la obra de Joaquín Rodrigo, que contó como solista con Enrique Iniesta, primer violín de la Sinfónica. La obra del músico español es representativa de aquella corriente neoclásica que descende desde las páginas de «*El Retablo de Maese Pedro*» y aún del «*Concerto para clavecín*» de Manuel de Falla. Se busca la continuidad de un lenguaje depurado, de arcaica ascendencia, enlazándolo con modalidades armónicas actuales. La melodía de Rodrigo, siempre fina y expresiva, va rodeada de armonías claras, y es realzada por la orquestación con colores transparentes y de suaves tintas. Con ser la tendencia de Rodrigo compartida por numerosos músicos tanto españoles como hispanoamericanos, el Concierto estrenado logró conmover por su lenguaje de una fina y equilibrada expresividad, en el que no siempre logran superarse las voluntarias limitaciones que trae consigo aquel lenguaje arcaizante, pero que abre una perspectiva en la que el músico español ha encontrado su senda con sensibilidad y talento. La interpretación ofrecida por Iniesta,—que había sido también su intérprete durante el estreno de la obra en 1944,—fué todo lo profunda y técnicamente impecable que podía exigir el carácter de la composición. De los restantes números del programa sólo cabe decir que tuvieron una realización correcta, en el caso de Vivaldi, y algo distante de sus exigencias en profundidad expresiva y calidad sonora, en el caso de Brahms.

En su segundo programa, Tevah ejecutó la *Obertura de «Alcestes» de Gluck*, la *Sinfonía N.º 88 en sol mayor, de Haydn*, los «*Preludios Dramáticos*» de Domingo Santa Cruz, y el *Concierto N.º 3 de Sergio Rachmaninoff, para piano y orquesta*, con Marisa Regules como solista. Tevah logró una excelente versión de la *Sinfonía de Haydn*, autor que consigue penetrar a fondo tanto en su estilo como en la realización sonora que obtiene del conjunto, y esta obra fué favorecida por la conjunción de dichas cualidades. Los «*Preludios Dramáticos*» de Domingo Santa Cruz cuentan entre lo más señalado de su producción orquestal. En ellos el compositor chileno vuelca con generosidad lo que de impulsivo, trágico y doloroso se encuentra en la raíz de su estilo. La crítica coincide en unir estos *Preludios Dramáticos* compuestos en 1946, a la época de los «*Cantos de Soledad*» y de los «*Poemas Trágicos*» para piano

de este autor, escritos hace más de veinte años. La continuidad que se observa existe realmente, pues en los *Preludios Dramáticos*, Santa Cruz abandona temporalmente la preocupación contrapuntística que origina sus más recientes producciones, y su estilo se hace predominantemente armónico. La intensidad emotiva del lenguaje, guarda íntima correspondencia con su revestimiento orquestal, que subraya la tonalidad sombría en que se mueven los tres trozos que forman la composición. El uso intensivo de una armonización atrevida pero sólidamente enraizada en la acentuación trágica que desprende la melodía, la interesante movilidad de su rítmica, fluctuante y convulsa, la orquestación poderosa, son algunas de las cualidades que hacen sobresalir a los «*Preludios Dramáticos*» no sólo en el total de la obra de Santa Cruz, sino de la música chilena en general. Correspondió a la pianista argentina Marisa Regules estrenar el tercer *Concierto de Rachmaninoff*. En realidad es una obra en la que se ha dado demasiado campo a la exterioridad, sea que ella se refiera al campo instrumental como al expresivo. La grandilocuencia desbordante de que se hace gala en esta obra, es terreno favorito para cualquier virtuoso que desee lucirse en artificios de mecanismo. Marisa Regules realizó su parte con mucha sobriedad, manteniendo un nivel de mesura que, junto a su claridad de mecanismo, produjo una muy buena impresión en el público, que la escuchaba por primera vez.

Como tercer concierto de la temporada se ofreció una reposición de «*El Mestas*», Oratorio de *Haendel* que había sido ejecutado ya a fines del año último y que se comentó en su oportunidad. Participaron en su interpretación, como en la oportunidad anterior, el Coro de la Universidad de Chile, los solistas Teresa Irrázaval, Marta Rose, José Menich y Jenaro Godoy y la Orquesta Sinfónica de Chile, todos bajo la dirección de Víctor Tevah. La versión ofrecida mantuvo, en general, la buena impresión recogida con ocasión de su estreno y tanto el conjunto coral, como los solistas, recibieron calurosas demostraciones de aplauso, que se hicieron extensivas a Víctor Tevah y a Mario Baeza, director del coro Universitario.

El Cuarto concierto sinfónico contó como primer número con dos fragmentos del Ballet «*Billy the Kid*» de *Aarón Copland*. «*Plegaria Nocturna*» y «*Danza de Celebración*», mostraron la firme personalidad creadora del compositor norteamericano, su inventiva rítmica y la originalidad de su lenguaje orquestal, que en este ballet se muestran con toda amplitud. «*Billy the Kid*» fué estrenado en Chile durante la jira realizada hace unos diez años por el American Ballet. Se ejecutó a continuación el *Concierto para piano y Orquesta de René Amengual*, escrito en 1941 y revisado con posterioridad por el autor. El compositor chileno, que es también un destacado pianista, enlaza con éxito el tratamiento muy hábil del instrumento solista a un acompañamiento orquestal que aparece trabajado con refinamiento. El estilo de Amengual es en esta obra de una cercanía voluntaria a los modelos ravelianos. Como en el caso del maestro francés, el piano utiliza sus posibilidades dentro de un régimen ex-

---

presivo muy sobrio, y la nota de virtuosidad no apela a los conocidos clichés tradicionales, sino que se aplica al desenvolvimiento mismo de la composición. Amengual otorga al instrumento solista un papel de gran importancia, y aún de gran dificultad, a la vez técnica e interpretativa. Herminia Raccagni logró con sus dotes ya reconocidas dar el nivel musical y la calidad sonora que necesitaba esta obra, que es tal vez la más importante de las escritas por su autor, y que acredita de manera inobjetable su personalidad de creador. Terminó el Concierto con la versión ofrecida por Tevah de la *Cuarta Sinfonía de Beethoven*, en la que el maestro puso de relieve su progreso en la captación de lo distintivo del arte beethoveniano.

El quinto concierto de la temporada contó con la participación del pianista chileno Claudio Arrau. Como es costumbre, se programaron para esta ocasión exclusivamente obras para piano y orquesta. Infortunadamente el virtuoso chileno no presentó en esta oportunidad las obras que había ofrecido anteriormente, y así, en lugar de estrenar el *Concierto de Stravinsky* por ejemplo, hubo que volver a escucharle en sus favoritos *Conciertos de Beethoven y Brahms*. Nada habría que objetar en esta preferencia de Arrau por las obras reconocidamente maestras, si no fuera porque ello lo hace a expensas de obras contemporáneas igualmente maestras, que espera precisamente de intérpretes como él su necesaria divulgación en medios capaces de apreciarlas en todos sus méritos. Por lo demás lo tradicional de su programa no disminuyó en absoluto el entusiasmo del público, que asistió a su concierto en gran número y le hizo objeto de las mismas entusiastas manifestaciones que todos los años. Con apenas un ensayo, (pues sus compromisos no dejaron mayor tiempo al solista), Víctor Tevah logró mantener la necesaria unidad estilística entre el conjunto y la orquesta, que en el *Concierto N.º 1 de Brahms* y el *Concierto N.º 4 de Beethoven* tienen momentos de seria exigencia. La parte de piano es innecesario detallarla, pues la magistral interpretación de Arrau, en todos los aspectos técnicos y musicales consta ya desde hace muchos años y ha sido inmortalizada en discos que la mantendrán viva a través del tiempo. Pero ¿cuánto mayor habría sido nuestro agradecimiento si el genial pianista hubiera concurrido con su talento a abrir un poco el cortinaje rutinario que nos separa de tanta obra contemporánea de primera importancia?

El sexto concierto se compuso sobre reposiciones de obras ya escuchadas en anteriores oportunidades. El primer número fué la interpretación de los «*Tres Ricercari*» de Bohuslav Martinu, en que el talentoso compositor checo reúne una forma barroca a su manera tan personal de encarar la armonía y orquestación modernas. Siguió a esto la interpretación de «*Las Iluminaciones*» de Benjamín Britten, con Clara Oyuela como solista. La culta cantante argentina renovó esta vez el buen resultado obtenido el año pasado al estrenar esta obra, que tan bellamente unifica la poesía de Rimbaud con el estilo tan variado dentro del lirismo o la dramaticidad en que Britten encierra el texto literario. Terminó el concierto con una

versión de la *Primera Sinfonía de Brahms*, en que Víctor Tevah logró un éxito de categoría, al entregar la obra con gran compenetración estilística y una cuidadosa realización instrumental.

### CONCIERTOS DE SIR MALCOLM SARGENT

Con justicia se ha dado el título de «Embajador Musical de la Gran Bretaña» al eminente maestro Sir Malcolm Sargent. Su temporada realizada al frente de la Sinfónica de Chile le convirtió en el centro de la atención de nuestro ambiente musical, que pudo apreciar en él a un artista dueño de interesantísimas cualidades musicales, y a la vez, un intérprete incomparable de las obras de autores de su nacionalidad.

Sir Malcolm Sargent se presentó por primera vez con un programa que incluyó obras de *Brahms*, *Haydn*, *Elgar* y *Sibelius*. Después de la *Obertura del «Festival Académico» de Brahms*, el maestro visitante ofreció en primera audición la *Serenata para Cuerdas op. 20 de Sir Edward Elgar*, obra que sin tener la altura de otras producciones de su autor que iniciara el movimiento contemporáneo de la música inglesa, reúne en sus perfiles y en su expresividad romántica, de un fácil encanto, una evidente maestría de realización. El director hizo de ella una exquisita y depurada versión. Si en la *Obertura de Brahms*, Sir Malcolm Sargent había sorprendido por la liviandad y cuidadosa matización con que había borrado de aquella página su habitual y germanizada grandilocuencia, fué en la *Sinfonía de Haydn*, donde la personalidad del maestro visitante logró imponerse de manera definitiva. Logró tal calidad de sonido, fluidez discursiva y vitalidad, en esta obra impregnada de gráciles motivos campestres, que su interpretación recibió los más cálidos aplausos. Completó su programa de presentación el estreno de la *Quinta Sinfonía op. 82 de Jan Sibelius*. Con ser una obra de sólida factura, fuertemente enraizada en el folklore nórdico, y trabajada con un lenguaje sinfónico de origen germano en el que se advierte a un compositor de generosos medios, la obra no reúne mayores atractivos, y no logra desprenderse de un acento regional, el mismo que suele distanciar la producción toda de Sibelius de la comprensión de los auditorios latinos. La versión ofrecida por Sir Malcolm Sargent dió a esta obra todo su relieve y vigor.

En el segundo concierto de su serie, y octavo de la temporada, el Maestro Sargent dirigió obras de *Berlioz*, *Holst* y *Franck* y de los chilenos *Soro* y *Leng*. Luego de la *Obertura de «Benvenuto Cellini» de Berlioz*, que animó con su batuta vibrante, siguió la interpretación de dos obras nacionales: el «*Andante Appassionato*» de *Enrique Soro* y el «*Canto de Invierno*», de *Alfonso Leng*. Ambas obras pertenecen a nuestro pasado romántico, y dentro de él encarnan dos conceptos de romanticismo. Lírico, cantante y ampuloso el primero; recóndito, intenso, introspectivo, el segundo. Ambas obras fueron captadas magistralmente por el maestro británico y sin duda que muy pocas veces esas conocidas páginas de la música chi-

lena han tenido mejor realce en su legítima y permanente valía. La música para el ballet «*El Perfecto Loco*» de *Gustav Holst* fué estrenada a continuación. No es ciertamente una de las mejores páginas del autor de «*Los Planetas*». Fuera del interés rítmico que obligadamente debe tener por tratarse de música de ballet, hay poco en ella que retrate con mayores méritos la personalidad de su autor, sin duda un músico brillante, pero extrañamente vacío, a pesar de la grandilocuencia de su orquestación. En la versión de la *Sinfonía en Re Menor* de *César Franck*, pudo advertirse la novedosa concepción del Maestro Sargent respecto de una obra escrita con tanta trabazón y densidad de estilo. Sir Malcolm Sargent prefirió buscar las cualidades de fluidez y claridad de líneas, sobre las habituales normas que dan a esta sinfonía su intensidad y pesantez sonora, y dentro de esta posición se mantuvo su interpretación que fué, por eso mismo, juzgada contradictoriamente por la crítica.

En el tercero de sus conciertos, el maestro inglés ofreció versiones de *Purcell*, *Vaughan Williams*, *Richard Strauss* y *Benjamín Britten*. Una hermosa Suite de trozos de óperas de Henry Purcell fué el primer número, al que el maestro Sargent dió una versión magistral, límpida y refinada. Se estrenó en seguida la *Sexta Sinfonía* de *Ralph Vaughan Williams*, obra de las últimas escritas por el patriarca de la música británica contemporánea, cuya composición, según expresión del autor, fué impulsada por «las vicisitudes y quebrantos de un pueblo azotado por la guerra moderna». La obra en sí señala que la avanzada edad de su autor no obsta para que su estilo mantenga un vigor expresivo intenso, y dentro de la línea de eclecticismo en que *Vaughan Williams* mueve los abundantes recursos sinfónicos de que dispone, la obra toda mantiene un nivel de calidad y logró impresionar muy favorablemente al auditorio. Por cierto que la ejecución agotó, bajo la batuta de Sir Malcolm Sargent, cuanto podía de ella ofrecer su intérprete más calificado. A la excelente interpretación de la obra anterior, se sumaron en seguida otras dos: la del «*Till Eulenspiegel lustige streiche*», de *Strauss* y las «*Variaciones sobre un tema de Purcell*» de *Benjamín Britten*. En la regocijada obra del músico alemán, cuya plasticidad temática y vigor característico se unen parejamente al interés de su orquestación maestra, el director logró una ovación por cierto muy merecida, después de entregar la obra con una magistral limpidez y realce de sonoridad, con gran claridad en su trabajo temático, aunque, sin duda, con un sentido del humor menos grueso que el comúnmente dado al travieso personaje medioeval. La obra de *Britten*, ya conocida del público, y que es, en síntesis, una magistral lección objetiva sobre los instrumentos de la orquesta, fué realizada en su gran valía musical por la aguda y penetrante batuta del maestro Sargent.

En su concierto último frente a la orquesta sinfónica de Chile, el eminente director presentó una versión maestra de la *Suite «Water Music»*, de *Haendel*. Pocas veces, o quizá ninguna, ha sido esta obra realizada con mayor propiedad, limpidez, y un resultado

sonoro más cuidado que en esta oportunidad. Como segundo número se ejecutó el *Concierto para Viola y Orquesta de William Walton*, obra ejecutada anteriormente en nuestros conciertos, y que representa uno de los mejores aportes dado a la música de su patria por el compositor inglés. Su estilo se vuelve indistintamente hacia el pasado impresionista, especialmente en la armonía, o hacia las conquistas más recientes del neoclasicismo, o neobarroquismo mejor dicho, por lo que tiene de realce del trabajo contrapuntístico. Dentro de esas corrientes, Walton logra impulsar su obra dándole un logrado interés a la parte del instrumento solista que esta vez, encargada a Zoltan Fischer, fué desenvuelta con justa apreciación estilística, pero menor expedición técnica que en otra oportunidad. Finalizó su última actuación en Chile el maestro Sargent, con una versión de la *Cuarta Sinfonía de Brahms*, obra en la cual logró imponer su concepto interpretativo en que prima la claridad, la vitalidad y la justeza y hasta la finura de matices, sobre el problematismo expresivo y la densidad sonora que, sin embargo, forman el núcleo original de donde surgió la última sinfonía del gran músico alemán.

Sir Malcolm Sargent, en quien resaltan una batuta exacta, capaz de hacer inteligible el más complejo problema estructural; una capacidad de vitalizar la música con una línea de optimismo contagioso, y un poder de sugestión que trasforma a la orquesta que dirige, logró durante su breve visita a Chile exponer las dotes sobresalientes que hacen de su persona uno de los directores más notables de la época y un exponente calificado de la tradición musical de Inglaterra. Al término de su último concierto la orquesta obsequió a Sir Malcolm Sargent con una cordial «fantarría», mientras la Sala, de pie, le ovacionó durante largo tiempo.

## CONCIERTOS DIRIGIDOS POR TEVAH

La temporada continuó con otra serie de conciertos dirigida por Víctor Tevah. En el primero de ellos, undécimo de la temporada, el Director ofreció tres estrenos del mayor interés. El primero de ellos, la *Sinfonía para Cuerdas de Arthur Honneger*, señala una obra de la más alta calidad, en que la maestría del músico suizo-francés se vierte generosamente en la construcción tan sólida y clara como hondamente inspirada. Hay, sin duda alguna, un vuelco fundamental en el estilo del autor de «*Pacific 231*». En esta sinfonía es un abierto neo-romanticismo el que se manifiesta entre la tensión expresiva tan profunda que surge de sus páginas. El estilo se hace angustiado y convulso, y una escritura de acentuado cromatismo subraya el mensaje del compositor. Nada queda ya de aquel humorismo mordaz del «grupo de los seis», de aquel burlarse del estilo tradicional y—paradójicamente—romántico. Esta sinfonía, magistral y dolorosa, ha sido continuada por la magna «*Sinfonía Litúrgica*». La congoja y el misticismo son ahora la nueva tónica del gran músico francés. El segundo estreno fué el de la *Primera Sin-*

*fonía de Juan Orrego Salas*. El joven compositor chileno emprende ahora una obra de mayor responsabilidad y engrosa en un número más las obras de este tipo que se han ejecutado o están en camino de ejecutarse en nuestro país. Si se considera que la sinfonía es una demostración de madurez de un músico, es obvio que el solo hecho de haberse escrito y ejecutado es suficiente motivo para celebrar una nueva obra sinfónica en la música nacional. Pero la obra en sí merece ser examinada con detenimiento. El compositor ha logrado encauzar por nuevos senderos las características salientes de su estilo que, desde la «*Cantata de Navidad*» hasta las «*Canciones Castellanas*» le mostraban adhiriendo a un idioma neoclasicista, flúido y expresivo, cuya lógica de discurso le señalaba en un plano de renovación en nuestro ambiente. Es claro que los marcos de una sinfonía, con lo que ellos suponen de sujeción a un plan formal preciso, quitaban al estilo de *Orrego Salas* la posibilidad de lograr la expresividad tierna o la acentuación graciosa que la musicalización de un texto poético permite. De aquí que el carácter de su inspiración, alegre, flúida, debió necesariamente transformarse para dar vida orgánica al sentido formal de su obra. En esta tarea el resultado es sin duda halagador. La sinfonía suena como una realización valiosa e inspirada, construída con maestría de oficio especialmente en el terreno de la orquestación. El primer movimiento es un allegro de sonata, como pocos verdaderamente alegre y dinámico, en que las ideas se suceden con flúidez dentro del voluntario formalismo. El segundo movimiento tiene un carácter expresivo y se encuentran en él atrayentes efectos orquestales, que no pierden nada de su individualidad si decimos que recuerdan algunos pasajes del «*Mathis der Mahler*» de *Hindemith*. En el tercero, sobresale el trabajo contrapuntístico que igualmente recuerda procedimientos de la obra antes citada, pero que el músico chileno emplea con verdadera habilidad y personalidad. La obra culmina en una coda sobre coral, brillante y de gran efecto sonoro. No olvidemos que su autor hace poco ha pasado la treintena y que le queda, por lo tanto, mucho tiempo para que su estilo adopte la adustez, o la reposada meditación que algunos críticos notaron ausente de esta obra, por entero juvenil, bien escrita y promisoro en todos sus aspectos.

El último número de este concierto de estrenos fué el *Concierto para piano y orquesta de Aram Khachaturian*. Mucho menos feliz es el autor soviético en esta obra que en otras igualmente basadas en la «occidentalización» del folklore armenio. Recordamos a este respecto la Suite de Ballet estrenada entre nosotros por Von Karajan y que representaba un nivel musical muy superior. La abundancia de sus desarrollos supera en mucho la calidad de sus ideas, y la obra se extiende demasiado para tan poca sustancia. No se puede negar que el talento de *Khachaturian* se hace presente en la inventiva y la brillante vestimenta orquestal de la obra, pero el total es fatigoso, demasiado dilatado, y no basta para aliviar esta sensación el interés de la parte pianística, llena de brillantes efectos, que Rhea Sadowsky desarrolló con técnica segura y pene-

trante. La labor de Víctor Tevah, en todo este concierto, acreditó su bien ganado prestigio como intérprete e impulsador de la música contemporánea.

En el duodécimo concierto de la temporada, Víctor Tevah dirigió primeramente, y con un excelente resultado en todos los aspectos de la interpretación, la *Sinfonía «Praga» de W. A. Mozart*, autor del que es reconocidamente un bien dotado intérprete. En primera audición se escuchó después la *Serenata para orquesta de Carlos Riesco*, joven compositor chileno, que regresó al país recientemente después de dos años de estudios en Estados Unidos. La Serenata dista mucho de acreditar una personalidad definitivamente plasmada, y no conserva la unidad estilística que señala el caminar por una senda ya elegida. Pero su autor tiene sólo veintitantos años y es ésta la primera obra sinfónica suya que se consideró digna de programarse en un concierto público. Es, pues, la mejor obra de un estudiante, y hay que considerarla como tal. Dentro de esas limitaciones es indudable que en *Riesco* hay una personalidad de compositor cuya dominante es por ahora la búsqueda, pero en la que se revela indiscutible talento, originalidad de procedimientos y, desde luego, una excelente base técnica. El cazador de influencias puede deleitarse buscando en los tres movimientos de la obra aquellas que pertenezcan a éste u otro autor contemporáneo de los que marcan rumbos. No importa. El hecho es que *Riesco* entra conscientemente en las posibilidades armónicas, rítmicas u orquestales que mejor le correspondan a lo que el busca dentro de sí, y las usa. Nos atrae en esta Serenata su fresca inspiración, su interés rítmico, la dinámica constante que se desprende de ella y el hábil trabajo de orquestación que revela. La segunda parte del concierto dió oportunidad para que hiciera su presentación en su país natal, después de treinta años de ausencia, la pianista chilena Blanca Renard. Actuando como solista en «*Noches en los Jardines de España» de Falla*, demostró que sus condiciones de sensibilidad, musicalidad y técnica permanecen todavía en un plano capaz de reeditar en Chile los éxitos que la acompañaron durante su prolongada permanencia en Europa y EE. UU. Terminó el concierto con la *Obertura de «Los Maestro Cantores» de Wagner*.

#### TEMPORADA DE ERICH KLEIBER

El maestro Erich Kleiber, que participó en la actividad sinfónica chilena desde que ella inició su vida regular y organizada, tuvo en la actual temporada sinfónica oportunidad de presentarse ante el público chileno, dirigiendo cuatro conciertos de la serie. La presencia del maestro Kleiber despertó grande interés, especialmente respecto de algunas obras que le correspondió estrenar entre nosotros.

En el primero de sus conciertos Erich Kleiber ofreció como primera audición la *Sinfonía «Renana», op. 97, de Robert Schumann*. Esta obra no es por cierto de las que han labrado los mejores méri-

tos que distinguen el estilo del gran poeta musical romántico. En general, puede decirse que no es el campo de la sinfonía el que mejor supo explotar este compositor, ya que no logra imponer en las formas orquestales el mismo sello y distinción personal que el logrado magistralmente en sus obras para piano o en el «lied». En esta sinfonía, aparte aciertos parciales, sus líneas generales no dan una sensación de plenitud; más bien, se presentan fragmentarias, divagatorias, y sus desarrollos se afectan por el excesivo y casi forzado clacisismo, en que Schumann hunde su estilo, malogrando quizá el vuelo imaginativo, que no logra sino dejar escapar entre la estructuración sinfónica. Kleiber supo, no obstante, presentar la obra con un máximum de realce estilístico. Es digno de hacer notar que el maestro haya incluido en este programa una obra de autor chileno, eligiendo para esto la «*Suite Grotesca*» de *Alfonso Letelier*, obra escrita originalmente para piano y orquestada años después por el autor. Componen la «*Suite Grotesca*» una sucesión de estampas sonoras que ilustran, irónicamente, aspectos de un día de intensas experiencias para un «huaso» chileno. Se glosa en la música un ambiente de fiesta, una cena copiosa, una libación abundante que produce su inevitable efecto, para terminar con una Marcha humorística sobre el tema del Coro de los Soldados del «*Fausto*» de *Gounod*, pieza que se supone representada en un teatro ambulante. Musicalmente considerada, esta obra es una de las más felices del autor de «*Los Sonetos de la Muerte*». Los diversos movimientos de la *Suite* (*Entrada, Vals, Interludio Digestivo, La «mona» triste, Cortejo y Marcha de Valentino*), aparecen trabajados con una acabada técnica orquestal que permite realzar con mucha fuerza de caracterización los estados de ánimo que se pretende glosar. Letelier maneja las sonoridades con la seguridad de un experto dosificador del material característico, y su música, de intención humorística, consigue entregar esa impresión, sorprendiendo a la vez por lo bien logrado de su estructura, el atractivo de su temática y de su armonización, a la vez que el brillo y acierto de su revestimiento orquestal. El concierto, que se inició con la *Oberitura «Carnaval»* de *Anton Dvorak*, terminó con el «*Preludio y Muerte de Isolda*» del *Tristán e Isolda* de *Wagner*, obras ambas sobre cuya interpretación por el maestro Kleiber no se hace necesario insistir en detalles, pues es sabido lo que, especialmente en *Wagner*, distingue a este maestro entre los más destacados directores actuales.

En su segundo concierto, Kleiber ofreció la primera audición de la *Segunda Sinfonía* del compositor argentino *Alberto Ginastera*. Es ésta una obra de grandes méritos, intensamente trágica en su expresividad, escrita con un lenguaje sinfónico de alto vuelo. Su autor la dedicó como un homenaje «a los que mueren por la libertad», pero no existe intención programática en ella. Antes bien, es una construcción que recoge la expresión recóndita del autor, entregándola por medio de un lenguaje ya lento, a veces casi demasiado forzado en su dureza, pero siempre lógico y organizado,

cuya inventiva rítmica, armónica y orquestal, manteniendo como es natural, relación con los aportes de algunas grandes figuras actuales de la música, colocan a *Ginastera* entre los más destacados creadores musicales de América. El músico argentino logra en esta composición una creación de alto significado dentro del aporte continental a la música contemporánea en el terreno de la Sinfonía, pues se unen en ella la potencia de su ideación y la evidencia de una técnica magistral en el manejo de los recursos musicales. La versión de Kleiber hizo realzar las mejores cualidades de esta obra que fué recibida entusiastamente por el público. Una versión muy bien lograda de la *Sinfonía del Sol Menor* de *Mozart* y la presentación del *Concierto para Violoncello y orquesta* de *Anton Dvorak*, que contó con *Eduardo Sienkewicz* como solista, completaron el programa. El solista, que es el primer cello de la Sinfónica, puso de manifiesto sus muy destacadas condiciones técnicas y musicales, aunque algo afectadas por la nerviosidad.

En el tercero de sus conciertos y decimosexto de la temporada sinfónica, el maestro Kleiber presentó el estreno de una obra de la más alta categoría: el *Concierto para Orquesta de Bela Bartok*. Esta composición escrita en 1945, es una de las últimas del maestro húngaro y resume en ella, de una manera genial, lo que hace distinto su estilo entre la multitud de tendencias que se disputan (¿o disputaron?) la primacía para representar a la música contemporánea. *Bartok*, de quien es sabida su importante labor como investigador y folclorista, penetró profundamente en el folklore de su país y de las regiones vecinas a él. Fruto de esta tarea fué la formación de un lenguaje musical que, surgiendo de lo característico nacional, no se detiene en la cita superficial o pintoresca, sino que se nutre de aquellas características, rítmicas, melódicas y armónicas, para transformarlas y convertirlas en savia renovada de un idioma musical abierto a la comprensión universal. De ahí que el nacionalismo de *Bartok*, como el de *Manuel de Falla*, y aun el de *Stravinsky*, hayan logrado esa potencia y originalidad que presenta a estos autores a la cabeza del movimiento musical contemporáneo. El *Concierto para Orquesta* estrenado en esta ocasión, resume estas características, dijéramos de «idiomática musical», pero a la vez presenta a *Bartok* como un maestro consumado de la escritura orquestal. Concebida la obra como una sucesión de movimientos en que los instrumentos a solo o agrupados en familia tienen constantemente una labor concertante, la variedad de recursos, la hondura a la vez que la abierta inteligibilidad de su discurso melódico, el trabajo contrapuntístico habilísimo y la magistral riqueza de su orquestación, hacen de ella una de las obras más significativas de la música de nuestra época. Una de las pocas que pueden señalarse desde ya como fruto maduro de esta etapa inquieta vivida por la música en lo corrido del siglo, y que quedará, quizá, como testimonio de una de sus corrientes más interesantes y fructíferas. La tarea de *Erich Kleiber*, frente a la preparación e interpretación de esta extensa obra, dió oportunidad para manifestar una nueva

prueba de sus geniales dotes, que han sido puestas frecuentemente al servicio de la música de nuestros días. El concierto se inició con la *Séptima Sinfonía* de *Beethoven*. Tanto los bien conocidos méritos de la obra, como la capacidad del director en cuanto intérprete beethoveniano, hacen innecesario insistir sobre esta parte del programa, como quiera que el maestro Kleiber la ha ejecutado frecuentemente entre nosotros.

Un programa algo menos interesante fué el ofrecido en la última actuación del director alemán. Junto a la *Obertura «Freischütz»* de *Weber* y la *Cuarta Sinfonía* de *Tchaikowsky*, resaltaron como la obra de mayor interés los *Cuatro Últimos Lieder* de *Richard Strauss*. Estas últimas canciones, compuestas en el mismo año de su muerte por el desaparecido autor de *«Muerte y Transfiguración»*, son de lo mejor de la última producción de *Strauss*, y superan como realización artística a obras como *El Concierto para Oboe* o las *«Metamorfosis»* para orquesta, sobre las cuales se abatía como una sombra la inevitable senectud de su autor. En cambio estos *Lieder* continúan, por así decirlo, lo que hizo grande a *Strauss* en el terreno de sus obras de canto; y así como la generalidad de éstos, su estilo consigue una expresividad y un dramatismo intensos, manifestados con gran vuelo melódico, mientras la orquesta acentúa el ambiente con un acompañamiento sólido, atrayente, aunque de un brillo menor que el habitual en *Strauss*. Los textos de *Hermann Hesse* y *Eichendorff* surgen a través de la música de *Strauss* en melodías cálidas, intensas, cuya delineación estuvo encargada a la joven soprano chilena Olinfa Parada, quien cumplió una tarea de relevante mérito, al destacar su hermosa voz de generoso registro, junto a dotes interpretativas que señalan una interesante maduración de sus cualidades musicales. ¿Qué decir del resto del programa? Ni aun la genialidad de Kleiber, su vigorosa batuta, su vitalidad arrolladora, lograron remozar en algo la marchita y vacua grandilocuencia de la *Cuarta Sinfonía* del angustiado músico ruso. Decididamente estamos muy lejos de adherir al entusiasmo por aquel desbordante sinfonismo, entre ingenuo y académico, cuyos aciertos no logran superar a lo mucho que sobra como materia musical en su extenso trascurso.

Los cuatro conciertos de Kleiber renovaron en nuestro ambiente las calurosas manifestaciones de simpatía que este eminente director logró ganarse a través de su convivencia con la música y los músicos de Chile, desde hace más de diez años.

## CLAUSURA DE LA TEMPORADA SINFONICA

La intensa actividad sinfónica del año se cerró con un concierto dedicado a obras de *Juan Sebastián Bach*, dirigido por Víctor Tevah, y con la participación del Coro de la Universidad de Chile. El programa se compuso con la *Cantata N.º 65*, para la Fiesta de los Reyes Magos; el *Concierto en Re menor para piano y orquesta* y la *Oda Fúnebre*. Las obras corales fueron interpretadas

por el Coro de la Universidad de Chile, que dirige Mario Baeza, y por un grupo de solistas compuesto, en la Cantata, por Raúl Fabres y Gabriel de los Ríos, tenor y bajo respectivamente; y en la Oda Fúnebre por Laura Krahn, Teresa Orrego, Carlos Clerc y Gabriel de los Ríos. El desempeño del Coro Universitario en ambas obras corales mantuvo un nivel de corrección, aunque no logró penetrar a fondo en aquella expresividad tan profunda, aquella acentuación mística que sólo se hace presente en Bach cuando se sobrepasa la estructura externa de su música, por mucho que ella sea también interesante. Las obras del programa reúnen, con profusión, las salientes características del estilo religioso del maestro de Eisenach, y ello evita entrar en mayores detalles a su respecto y sobre la interpretación misma. Los papeles solistas destacaron a algunos cantantes jóvenes, que se inician en las difíciles tareas de su especialidad, junto a las voces ya experimentadas de Laura Krahn y Teresa Orrego, que destacaron sobre las demás por la musicalidad demostrada en su desempeño. Como se dijo antes, el programa se completó con una buena versión del Concierto en Re menor para piano y Orquesta, cuya parte solista fué desempeñada por Margarita Laszlofy.

#### CONCIERTOS DE HOMENAJE A J. S. BACH

En la última semana de Julio, coincidiendo con la fecha en que se cumplen doscientos años desde la muerte de *Juan Sebastián Bach*, el Instituto de Extensión Musical preparó una serie de actos y conciertos dedicados a la obra del gran Cantor, entre los cuales hubo un Concierto en el Salón Sur del Hotel Carrera, organizado por *Asociación Nacional de Compositores*, durante el cual se ejecutó una *Sonata para flauta y clavecín*, por Juan Bravo, acompañado por Elena Weiss; Silvia Soublette cantó la *Cantata de Bodas* N.º 202 y un conjunto instrumental y el Coro de Madrigalistas que dirige Silvia Soublette, bajo la dirección de Zoltan Fischer interpretaron la *Cantata «Actus Tragicus»*. Este concierto mantuvo un elevado nivel interpretativo, el que se reconoció en cada uno de los participantes individuales y en los conjuntos, haciéndose notar especialmente que en él actuaba por primera vez como director de orquesta el primer viola de la Sinfónica, Zoltan Fischer.

El segundo concierto de esta serie consistió en la ejecución de *«El Arte de la Fuga»*, que se llevó a efecto en el Teatro Municipal por la Orquesta de Cámara del Instituto, bajo la dirección de Víctor Tevah. La ejecución de esta grandiosa obra no puede ser juzgada con arreglo a los cánones corrientes sobre conciertos. Desde luego, no fué concebida para ser ejecutada en público, y su misma naturaleza pedagógica aparta el deseo de escucharla como obra de concierto a pesar de su inestimable valor artístico. La orquestación con que se presentó *El Arte de la Fuga* se hizo en parte con las versiones de Graetzer y Vuatas y también con el aporte de algunos compositores chilenos. En la interpretación de los «contrapuntos» para clavecines actuaron René Amengual y Elena Weiss. El con-

junto respondió en general en buena forma a los requerimientos del director y la obra alcanzó una versión muy estimable.

En el tercer concierto se presentó un programa compuesto por la *Suite en Si Menor*, el *Concierto para violín y orquesta en mi mayor* y el «*Magnificat*», para solos, coros y orquesta, en el que participó el Coro de Concepción que dirige Arturo Medina. El *Concierto de violín* tuvo como solista a Enrique Iniesta, quien ofreció de su parte una excelente versión, en todo sentido musical y técnico. En el *Magnificat*, obra que fué estrenada por el mismo conjunto hace dos años, el Coro de Concepción demostró su gran capacidad y calidad vocal y el excelente pie en que se encuentra en lo que se refiere a dominio vocal y seguridad de las obras de su repertorio. Los solistas del *Magnificat* fueron la soprano Graciela Sanders, la contralto Margarita Valdés, el tenor Humberto Reyes, miembro del Coro de Concepción y el barítono Jenaro Godoy. Bajo la dirección de Víctor Tevah, el conjunto ofreció una versión que no desmereció en comparación con la de su estreno y especialmente el coro mantuvo siempre el nivel de calidad musical y la seguridad vocal que la obra exige.

El número más importante de estos festejos conmemorativos fué el estreno de la «*Pasión Según San Juan*», que tuvo lugar el día 28 de Julio, en la propia fecha del aniversario, ocupando el sitio del décimo tercer concierto sinfónico de la temporada. El estreno de esta obra fundamental en la música de *Bach* es un acontecimiento con el cual Chile completa la interpretación de las más salientes obras sinfónico corales del maestro de Eisenach. Desde que en 1925 la *Sociedad Bach* ofreció con su conjunto coral la primera versión del *Oratorio de Navidad*, se han ejecutado entre nosotros la *Pasión Según San Mateo*, la *Misa en Si menor*, el *Magnificat* y numerosas *Cantatas*. Participaron en la versión ofrecida de la *Pasión Según San Juan*, el Coro de Concepción, los solistas Teresa Irrarázaval, Marta Rose, Hernán Wurth, Oscar Ilabaca, Pablo Sommer y Jenaro Godoy, con la Orquesta Sinfónica de Chile dirigida por Víctor Tevah. El considerable esfuerzo que supone la concertación de tan compleja obra, tuvo a su favor la madurez interpretativa del conjunto coral, base fundamental de la obra, ya que a él están encargados los pasajes de mayor responsabilidad dentro del constante dramatismo con que *Bach* trabaja los diversos episodios encargados a los coros fugados, que contrastan con la recogida acentuación mística de los corales. La tarea de los solistas, para los cuales en esta *Pasión* existen páginas de grande exigencia, ya sea en arias concertantes o dúos, aparte del difícil rol del Evangelista, fué desarrollada por los artistas antes mencionados en una forma que podemos calificar en general como correcta, si se tiene en cuenta que no sólo en Chile es muy difícil encontrar cantantes especializados en el tipo especial de música que es la de los Oratorios. Víctor Tevah, y Arturo Medina, director del Coro de Concepción, recibieron el homenaje del público que reconoció el valor de la tarea cumplida y los premió con grandes aplausos.

## TEMPORADA DE CONCIERTOS DE CÁMARA

Paralelamente a los conciertos sinfónicos se desarrolló una temporada de concierto de música de Cámara en la Sala Cervantes, a contar desde el Lunes 15 de Mayo.

En el primero de estos conciertos se presentó el Cuarteto de Cuerdas del Instituto (Iniesta, Ledermann, Fischer y Cerutti), en el *Cuarteto en Do mayor op. 59 de Beethoven*, el *Cuarteto op. 22 de Hindemith* y el *Quinteto para piano y cuerdas de Enrique Soro*, en el que actuó como pianista el compositor. Con ser el Cuarteto mencionado de una formación muy reciente, no podría exigirse en su primera actuación una total compenetración, una homogeneidad como la que caracteriza a los grandes conjuntos de su género y que es fruto de varios años de continuada labor. Es cierto que la falta de este factor tan importante pudo afectar la versión del *Cuarteto de Beethoven* especialmente, obra cuyas exigencias de estilo son tan cuantiosas, en un grado mayor que la obra de *Hindemith*, que fué expuesta con un grado superior de seguridad y desenvolvimiento. Esta obra de *Hindemith* presenta un enlace muy feliz y atrayente entre recursos tradicionales en el manejo del Cuarteto y los aportes rítmicos, armónicos y contrapuntísticos que caracterizan a su autor. Sin ser una obra que señala por completo la personalidad de *Hindemith*, ella posee pasajes de gran belleza y en todo momento su desarrollo interesa al auditor. La obra de *Enrique Soro* ha sido extensamente comentada en anteriores ocasiones. Esta vez diremos solamente que su romántica y ampulosa lineatura fué ejecutada con el relieve requerido por sus méritos.

El segundo concierto de Cámara presentó obras para conjunto orquestal. Tras una correcta versión del *Concerto Grosso N.º 16 de Haendel*, Carlos Romero, primer oboe de la sinfónica, actuó como solista en el estreno del bello y fresco Concierto para oboe y orquesta de *Domenico Cimarosa*. La interpretación ofrecida por el solista acaso no logró dar todo su realce a la lineatura tan movida y optimista de la obra, especialmente por falta de relieve en la matización. Seguidamente se estrenó el *Concertino para piano y orquesta de Walter Piston*, obra que señala la bien orientada modernidad del autor de «*El Flautista Increíble*»; la interesante modalidad de su trabajo contrapuntístico y el colorido de su armonización. La parte de solo la desempeñó con todo acierto y musicalidad la joven pianista Edith Fischer. Terminó el concierto con el estreno de *Rondas para orquesta de Cuerdas de David Diamond*. La acumulación de elementos que el compositor usa en estas pequeñas obras, lo confuso que resulta su panorama formal y lo forzado de su neoclasicismo quitan atractivo, aunque no aminoran el interés meramente técnico, a la obra del compositor norteamericano.

En el tercer concierto, el Cuarteto del Instituto ofreció una cuidadosa versión del *Cuarteto en Re menor op. 41 de Haydn*, que no evitó sin embargo la apreciación de distintas calidades de sonido y la falta de ajuste íntimo entre los miembros del conjunto. Se

ejecutó luego el *Cuarteto N.º 1 del compositor chileno René Amengual*, obra escrita bajo una voluntaria adhesión al estilo de *Hindemith*, y como en él, el estilo del músico chileno combina la libertad armónica que surge de pasajes atonales y politonales, con un constante interés contrapuntístico que tiene su realización más interesante en la Fuga del segundo movimiento. Terminó el Concierto con el *Cuarteto con piano op. 25 de Brahms*, obra que alcanzó una realización sin mayor realce. En la parte de piano actuó Rudy Lehmann.

El cuarto concierto, dedicado a obras de orquesta, se inició con la *Segunda Sinfonía para cuerdas de Domingo Santa Cruz*. Esta obra representa dentro de la producción del compositor chileno, lo más distintivo de su último estilo. Vale decir: la concentración de los medios expresivos, la depuración y a la vez lo complejo del trabajo contrapuntístico, y la movilidad rítmica que agita aquel conjunto de sonoridades voluntariamente reducido a una gama sombría, que el conjunto de cuerdas acentúa todavía más. La libertad con que el músico trata los choques sonoros, que como resultado del juego contrapuntístico se producen, da a la obra una inestabilidad armónica que se traduce en la inquietud constante de su ambiente. Esto es característico en Santa Cruz y él se complace en acentuarlo, sin evitar la reiteración a veces excesiva de una sonoridad, o de un pasaje áspero acentuado todavía más por la insistencia rítmica. Hay un clima de desolación, de convulsión en esta obra, y él encuentra su momento más legítimo y logrado en el hermoso tercer movimiento. Muy lento y muy expresivo, que es sin duda un trozo maestro dentro de su estilo. En la segunda parte del concierto se ejecutó en primera audición el *Concierto para Flauta y Orquesta de Jacques Ibert*, obra alegre y fresca, pero cuya estructura corresponde a una intención que podríamos llamar «decorativa», y rezuma una manifiesta superficialidad que se acerca peligrosamente a lo vulgar y al lugar común musical. Sobresalió en esta obra la excelente versión dada por el solista, Juan Bravo, joven flautista de la Sinfonía, que acreditó sus grandes dotes de intérprete y ejecutante. Como último número se estrenó también el *Concerto Grosso para orquesta de cuerdas y piano concertante*, de *Ernst Bloch*. La obra no logra elevarse más allá de lo que su colorida armonización y orquestación animan en una estructura endeble, cuya temática resume un eclecticismo demasiado universal y un afán efectista por demás exterior. En la parte de piano actuó el joven pianista Juan Lehman.

El *Cuarteto op. 41 N.º 1 de Robert Schumann* fué el primer número del Quinto concierto de esta serie. Hermosa obra henchida de esa intensidad de expresión típica de su autor, lleva en sus temas la inquietud y el vuelo poético del *Schumann* llegado a la madurez a la época de sus grandes obras. Se adivina ya una cierta lucha entre el modo de expresarse del gran romántico y su choque con el plan clásico del Cuarteto, al que—como en la sinfonía—el músico a duras penas se logra ceñir. Su interpretación se mantuvo en un

buen nivel por el Cuarteto del Instituto. Este mismo conjunto tocó después el *Cuarteto de Walter Piston*, obra de innegable interés y calidad, que ya había sido escuchada en la temporada de fines del año pasado, y en la cual el músico norteamericano señala su personalidad y maestría en el manejo de las formas. El último número del concierto fué el *Trio «del Archiduque»* de *Beethoven*, obra maestra a la que Iniesta, Fischer, Cerutti y la pianista Elvira Savidieron una interpretación digna de todo aplauso.

## CONCIERTOS DE MUSICA CONTEMPORANEA

Organizados por la *Asociación Nacional de Compositores*, Sección Chilena de la S. I. M. C., se llevarán a efecto seis conciertos dedicados exclusivamente a la música contemporánea, y con el auspicio del *Instituto de Extensión Musical*, en el Salón Sur del Hotel Carrera. Estos Conciertos se hacen en cumplimiento a lo dispuesto en los Reglamentos de la *Sociedad Internacional de Música Contemporánea*.

Hasta el momento se han realizado cuatro conciertos de esta clase, y uno extraordinario en homenaje a J. S. Bach, del que hemos dado cuenta separadamente. Caracteriza a estos conciertos la ausencia de toda exterioridad meramente virtuosística. Son reuniones musicales en la que los abonados escuchan explicaciones previas a la ejecución de las obras programadas y, si así lo desea el auditorio, puede pedir la repetición del todo o parte de una obra. Innesario nos parece insistir en lo beneficioso que resulta este tipo de audiciones para el mejor conocimiento y difusión de la producción musical de nuestros días. En cada uno de los conciertos se incluye una obra de compositor chileno, que sirve para señalar la marcha de la composición musical en el país.

En el primer concierto se escucharon las *«Pastorales de Noel»*, de *Andre Jolivet*; las *«Canciones de Gabriela Mistral»* del chileno *Jorge Urrutia*; los *«Trois Poèmes pour Mi»* de *Olivier Messaien*; *«Tres Canciones»* de *Joaquín Rodrigo* y la *Sonata para piano* de *Gustavo Becerra*. De los franceses Jolivet y Messaien, representantes de la actual música de Francia, podría decirse, en general, que señalan el retorno al clasicismo y al romanticismo, respectivamente, dentro de nuevas modalidades. Ambos—siendo distintos—nada tienen de común con la herencia de la primera guerra mundial, el «grupo de los Seis» y su humorismo mordaz. En uno, Jolivet, es un idioma de equilibrio, fluido y elegante; en el otro, Messaien, es un expresionismo, trabajado con suma maestría y riqueza de recursos lo que les distingue. ¿Novedad? Posiblemente sea muy temprano para saber si es ésta la herencia dejada por la segunda catástrofe guerrera del siglo en el siempre alerta espíritu de Francia musical. Las Canciones de Rodrigo, conservan el fino neoclasicismo que motiva junto a otras producciones la lineatura melódica de éstas, algo pálidas en su expresividad plácida. Las obras de los chilenos Urrutia y Becerra, señalaron, en el primero, una composición de juventud del autor, sin

tranquilidad en ese entonces para detenerse a pensar si el recargo de efectos que buscaba traicionaba el carácter cantable de la composición. La *Sonata de Becerra*, reúne la personalidad y el talento de este joven músico de veinticinco años, sin lograr todavía la lógica de forma ni la depuración de la maleza accesoria que surge junto a su inspiración abundante y fácil. Actuaron en este concierto el flautista Juan Bravo, la arpista Isabel Bustamente, el fagot Juan Karpisek, la cantante Silvia Soublette y los pianistas Frederick Focke y Edith Fischer.

En el concierto del siguiente mes, el programa estuvo compuesto por la *Sonata de Paul Hindemith, para trompeta y piano; Dúo Concertante para violín y piano, de Stravinsky; Canzona e Rondo del chileno Carlos Riesco, para el mismo conjunto, e «Introducción y Rondó a la Burlesca», para dos pianos, de Britten*. La obra de Hindemith, basada en una alianza de timbres que plantea difíciles problemas de sonoridad, impresionó favorablemente, sobre todo en su último movimiento, lleno de intensidad expresiva y gran belleza de línea melódica. El trasparente neoclasicismo de Stravinsky se vierte en una obra en que el genio de su creador se complace en dibujar, con líneas precisas y ágiles, los contornos dentro de los cuales bulle una excelente materia musical. La obra de Riesco, presenta a un joven talentoso cuyo lenguaje ha logrado ser abierto y sin rebuscamiento en la Canzona, el mejor trozo de los dos de la obra, donde expresa ideas nobles y surgidas sin esfuerzo. La *Introducción y Rondó de Britten*, es una composición en que se combinan la fértil imaginación y el sentido del color armónico que posee el autor, con la escritura virtuosa y brillante. Participaron como intérpretes en este concierto el trompetista David Jandorf, la pianista Edith Fischer, el violinista Enrique Iniesta acompañado por la pianista Giocasta Corma, y las pianistas Flora Guerra y Elvira Savi.

En el tercer programa se escucharon: *Sonatina para oboe, clarinete y Fagot de Jean Martinon; Cuarteto de Cuerdas de Frederick Focke; «Poèmes Juifs» de Milhaud; fragmentos de «Los Jardines Suspendidos» de Schoenberg y el Cuarteto N.º 6 de Bela Bartok*. Una obra agradable, simplemente clara, es la de Martinon, cuya vena creadora ha sido apreciada en mejores composiciones. El *Cuarteto de Focke*, es un boceto de posibilidades más que un Cuarteto ya establecido; interesa la sonoridad y resalta una personalidad auténtica, pero no hay trabajo ni forma ni unidad en esta tentativa, fruto de la primera época del compositor. Los *«Poemas Judíos» de Milhaud* hablan un idioma casi impresionista, melódico y expresivo, sin mayor carácter, mientras *Schoenberg*, en los *«Jardines Suspendidos»*, muestra su hondura expresional, emparentándola con la herencia wagneriana del Tristán, en un cántico apasionado y vehemente. El *Cuarteto de Bartok* es una obra maestra de la época. Prueba magistral del uso y de las posibilidades que en el Cuarteto de cuerdas descubre una personalidad de genio, cuya sapiencia es equivalente a la originalidad, elevación y belleza de sus ideas. Fueron intérpretes en este concierto Girardello, oboe; Toro, clarinete;

Bergmann, fagot; la cantante Margarita Valdés, el pianista Free Focke y el Cuarteto del Instituto de Extensión Musical.

La Asociación Nacional de Compositores, continuó su programa de conciertos de música contemporánea, presentando el cuarto de su serie, en la que se ejecutaron obras de autores americanos. Un *Dúo de Alberto Ginastera, para flauta y oboe*, inauguró el concierto. Se trata de una composición en un estilo lineal, neoclásico, en que el compositor argentino demuestra una nueva fase de su talento creador y la riqueza de sus medios. Dos obras para violín y piano, *Sonatina de Carlos Chávez* y *Sonata de Aarón Copland*, no demostraron una calidad sobresaliente, y en el caso de *Chávez* menos todavía, por estar determinada por una dispersión estilística que le quita unidad y lógica de desarrollo, cualidades que se hacen presentes en la obra de *Copland*, pero sin acusar mayor relieve personal ni interés musical, lo que hace fatigosa la audición de la obra. Lo más destacado del programa fué la audición de «*Vitrales de la Anunciación a María*» de *Alfonso Letelier*, obra derivada de la música incidental que compusiera para el estreno de la obra teatral de Claudel. Se trata de una composición para coro femenino, solista y orquesta, en que se logra ampliamente un enlace entre la religiosidad fundamental que mueve la obra, y los generosos medios musicales,—y revestidos a veces voluntariamente de modelos medioevales,—y revestidos con el acento moderno con que *Letelier* encara la armonía y la orquestación. La obra en general consigue impresionar por la pureza de sus líneas, el atractivo de su escritura y el intenso clima expresivo que desprende. La interpretación de todo este programa estuvo a cargo de Juan Bravo y Gaetano Girardello, flauta y oboe; Enrique Iniesta y Giocasta Corma, violín y piano, y, en la obra de *Letelier*, por un conjunto de Cámara. La soprano Clara Oyuela, y el Coro de Madrigalistas que dirige Silvia Soublette, todos bajo la dirección de Zoltan Fischer.

## OTROS CONCIERTOS

Entre los festejos realizados para celebrar los diez años de la Escuela Moderna de Música, se efectuó el concierto de la joven pianista Edith Fischer. Obras de *Beethoven*, *Brahms*, *Mendelsohn*, *Chopin*, *Santa Cruz* y *Debussy* formaron su programa, en cuya interpretación la artista demostró su buena formación técnica y la creciente maduración de sus facultades, a pesar de haber sido superada por la complejidad y contenido de algunas obras de su programa.

La pianista argentina Marisa Regules, que actuó en la temporada sinfónica, ofreció dos conciertos en el Teatro Municipal. En el primero de ellos su programa incluyó obras de *Bach*, *Mozart*, *Chopin*, *Schumann*, *Falla* y *Albeniz*, logrando en su trascurso destacar su seguro mecanismo y la claridad de sonido que puede obtener con él. La parte dedicada a *Bach* y *Mozart* fué realizada con mayor compenetración que la de los músicos románticos, que se afec-

taron por cierta frialdad, que incluso llegó a los autores españoles que finalizaron su programa.

Un espectáculo de elevada categoría fué la presentación del Coro de la *Familia Trapp* en el Teatro Municipal. El célebre conjunto formado por los miembros de la familia que ha hecho de la interpretación de la música antigua un verdadero culto, logró impresionar en la mejor forma desde su primera presentación. Alternando los números de música coral con los de ejecución instrumental en la familia de flautas rectas, viola de gamba y virginal, el *Coro Trapp* alcanzó un grado de pureza estilístico admirable, dentro del cual las obras de *Palestrina, Bach, Morley, Purcell, Haendel* y otros autores, fueron realzadas con sus mejores atributos. El coro presentó también finos arreglos de canciones populares alemanas y americanas en los que lució, así mismo, la pureza de su afinación, homogeneidad y exquisito buen gusto.

La soprano Clara Oyuela realizó un concierto en la Sala Auditorium, durante el cual presentó un escogido programa que comprendió obras de *Alessandro Scarlatti, Gabriel Fauré* y *Juan Orrego Salas*. La Cantata «Per un vago desire», el ciclo de «La Bonne Chanson» y las «Canciones Castellanas» respectivamente. Las reconocidas cualidades de musicalidad y talento interpretativo que distinguen a esta artista y maestra, pudieron destacarse positivamente en el trascurso de las obras programadas. Clara Oyuela fué acompañada al piano por Carlos Oxley y, en las *Canciones Castellanas* por un conjunto instrumental dirigido por el autor.

En el Teatro Municipal realizó su presentación el pianista austríaco Friedrich Gulda, representante de la nueva generación artística europea. Una sobresaliente técnica pianística destaca en la personalidad de este intérprete, cuyo temperamento vehemente completa la seria base musical que puso de manifiesto en la interpretación de un programa compuesto por obras de *Bach, Beethoven, Prokofieff* y *Debussy*.

## CLAUDIO ARRAU

Una serie de conciertos ofreció en el Municipal el eximio pianista chileno Claudio Arrau. En el primero de ellos presentó *Rondó de Mozart, Sonata «Aurora» de Beethoven, Fantasia en do Mayor de Schumann* y un grupo de obras de *Ravel* y *Debussy*. Las cualidades que convierten a Claudio Arrau en uno de los más sobresalientes intérpretes mundiales en el arte del piano, volvieron a quedar de manifiesto en cada uno de sus programas que, no obstante la magistral realización que el pianista ofrece de ellos, no consiguen atraer sobre sí el interés que, de no ser por su excesivo tradicionalismo, le harían merecedor del homenaje de quienes desean escuchar en sus conciertos las obras y autores contemporáneos que ejecuta en gran número en otros países. El acontecimiento artístico de su visita, disminuye, entonces, al nivel de un público que se

complace en aplaudir todos los años las mismas obras; es decir, al pianista genial y no a la música genialmente interpretada.

### CONCIERTO DE BLANCA HAUSER

La destacada soprano chilena Blanca Hauser ofreció un concierto en la Sala Auditorium, en el trascurso del cual puso de relieve sus reconocidas facultades en la interpretación de un programa que consultó, obras de *Marcello*, *Scarlatti*, *Haendel*, *Wagner* y de los sudamericanos, *Ginastera*, *Clouzot-Mortet*, *Carvajal* y *Leng*. Acompañó al piano Elba Fuentes.

DANIEL QUIROGA.